



Portada del N. en la Parroquia de San Pablo de Zaragoza.

Habiendo el SEMANARIO publicado en el número 1.º del presente año, una pequeña descripción de la Parroquia de San Pablo de Zaragoza, hoy presentamos á nuestros lectores una de sus dos puertas del N. de la referida Iglesia; la caduca mano del tiempo ha sentado sobre ella el sello de la destrucción, mutilando las diversas figuritas talladas, así mismo como las repisas y doseletes que las adorna: de los cuatro ingresos ó puertas que tiene esta Iglesia, apenas se halla abierta la que nos ocupa, y la que da á la parte de O. Como se vé, pertenece al estilo gótico como todo el interior, y si bien la puerta principal que mira al S. no se halla en armonía con la presente, es por las modificaciones que ha sufrido, habiendo sido la última á fines del siglo pasado: la correspondencia entre la arquitectura interior y la de la portada que nos ocupa, hace suponer que esta sea contemporánea de la fundación del templo.

## LITERATURA ESPAÑOLA.

En la obra titulada *Historia comparada de las literaturas española y francesa*, escrita en 1842 por Adolfo de Puihscue, nos ha llamado la atención, además del profundo conocimiento que de nuestros escritores tiene, lo concienzuda é imparcial que es su crítica.

Vamos á copiar literalmente varias de las notas puestas al tomo segundo, por lo interesantes que nos parecen, y porque prueban también cuán grande fué la influencia de nuestra literatura en el siglo XVII; y que si hoy la francesa nos impone la suya, no hace mas que devolvernos lo que en otro tiempo le prestamos.

Aparecen en primer lugar en dicha obra las imitaciones, ó mejor

dicho, plágios de Hardy á nuestras novelas, habiendo sacado de ellas las siguientes composiciones dramáticas.

*Cornelia*, en 1609.

*La fuerza de la sangre*, en 1612.

*Felismena*, en 1613.

*La hermosa Egipcia*, en 1613.

*Lucrecia ó el adúltero castigado*, en el mismo año.

*Fregonda ó el amor casto*, en 1621.

De Pedro Larivay, escritor menos célebre, tenemos *La Constanca*, sacada de una novela de Cervantes.

A Pichou se debe la comedia titulada: *Las locuras de Cardenio*, sacada de la novela que Cervantes escribió en el *Quijote* y la *Infel confidencía*, imitada de la misma obra, y representada en 1630.

Francisco Tristan hizo representar en 1636 su tragedia titulada *Mariana*, imitada de la que escribió Calderon con el título *Del mayor monstruo los celos ó Tetarca de Jerusalem*.

Voltaire escribió con el mismo título y el mismo asunto en 1724; y J. B. Rousseau, queriendo hacer triunfar al primero, retocó la tragedia de Tristan; la de Voltaire tuvo muy mal éxito; un año después volvió á ser resucitado este asunto por el abate Nadal.

Juan Rotrou, el protegido del cardenal Richelieu, ha dado al teatro varias piezas, de las cuales la mayor parte están tomadas del español, como se puede ver por la siguiente lista:

*El muerto enamorado*, 1628.

*Las ocasiones perdidas*, 1631. *Ocasion perdida* de Lope de Vega.

*La Feliz constancia*, mismo año, mismo autor.

*La hermosa Alfreda*, 1634, mismo autor.

*Las dos doncellas*, 1636, imitada después por Guinault.

*Hércules*, 1637.

*Laura perseguida*, mismo año, imitada de la *Nise perseguida*, de Bermudez, y aprovechada por Houdard de Lamotte para su *Luís de Castro*.

Ha sacado además Rotrou de nuestro teatro:

*Celia ó el pírey de Nápoles*, 1645.

*Don Alvaro de Luna*, 1647.

*Don Bernardo de Cabrera*, mismo año, de Lope de Vega.

*Venceslas*, 1648 de Rojas, *No hay padre siendo rey*.

Su última imitación data de 1650, año de su muerte, y es la pieza titulada *Don Lope de Cardona*, sacada de la que con igual título escribió Lope de Vega.

Entre los autores menos conocidos merecen citarse los siguientes: *El hospital de locos* de Beys, imitada de la comedia de Diego de Torres titulada: *Hospital en que cura amor de amor la cura*.

Raja ha dado con Guerin de Bouscal en 1656 *El amante generoso*, tomada de una novela de Cervantes.

En 1658, Guerin de Bouscal dió *Don Quijote de la Mancha*, tomada de la de Guillen de Castro, y en 1661 *El gobierno de Sancho Panza*.

La *Guinevere*, de Gillet de la Tisonnerie, es la imitada de una novela de Cervantes (1659).

Metal de Douville ha dado en 1641:

*L'Esprit follet*, imitada de *La dama duenda* de Calderon.

En 1645, *Los muertos vivos*, de la de igual título de Lope de Vega, y del mismo *Amar sin saber á quien*.

*El curioso impertinente* y *Los inocentes culpables* escritas por Delrosses, y representadas en 1643, estan tomadas, la primera de la novela de Cervantes, y la segunda de la que Calderon tituló: *Peor está que estaba*.

*Blanca de Borbon*, por Regnault, imitada de una novela española y de los romances del mismo asunto.

*La bella Egipcia*, imitada por la segunda vez por Sallebray, y sacada de una novela de Cervantes.

*Hermenegilda*, por Calprenede; sacada de una novela española.

*Juicio de Carlos el Temerario*, por Marschal, de una novela española.

*Celia ó el pírey de Nápoles*, por Rotrou.

En 1643 escribió Scarron el *Yadete ó el amo criado*, imitación al pié de la letra de lo que escribió con igual título Rojas.

En 1647, el *Yadete pendenciero*, tomada de una de Rojas titulada: *Donde hay agravios no hay celos*.

En 1649, tradujo del español el *Harodero ridiculo*.

En 1659, *D. Yafet de Armenia*, imitada de *Marqués de Cigarral*, de Moreto.

Y en 1665, *El guarda de sí mismo*, de la de igual título de Calderon.

Tambien no es inhumada la idea de los que creen que el *Yafet* de Agustín de Rojas le sirvió bastante para escribir su célebre *Roman conique*; además existen de él varias traducciones de novelas españolas.

Pierre Corneille debe á Rojas su *Beltran de Cigarral*, y quizás los *Criados de Molière* han sido vaciados en el mismo molde que el *Moscon de Las cañas se vuelven lanas* (donde hay agravios no hay celos).

La educacion de Mlle. Motteville y de la Montpensier fué española de tal modo, que en todas las obras de estas dos escritoras se ven trazos enteros de nuestras célebres comedias y de nuestras novelas de costumbres.

Deben tambien notarse:

*Yadete astrólogo*, de Douville;

*El astrólogo fingido*, de Calderon;

*La celosa de sí misma*, de Douville, de la de igual título de Tirso;

Y la *Zenobia, reina de Armenia*, de Montalvan, sacada de la de Calderon.

*El amor á la moda*, Tomás Corneille de *El amor al uso*, de Solis.

*El encanto de la voz*, del mismo.

*Lo que puede la aprension*, de Moreto.

*Los rivales*, de Guinaut, reproducción de la de Rotrou.

*La ingratitud generosa*, de una novela de Cervantes.

*El estudiante de Salamanca*, imitada de la de Lope de Vega, por Tomás Corneille, Bois Robert y Scarron.

*El guarda de sí mismo*, de Tomás Corneille, de la de igual título de Calderon; y *El carcelero de sí mismo*, de Scarron.

*Los golpes de la fortuna*, imitada de Calderon por Guinaut y Bois Robert.

*La banda y la pulsera* de Lambert, imitación de la que escribió Enriquez con el título de *Lazo, Banda y Retrato*.

*Magia sin magia*, del mismo, de *Encanto sin encanto*, de Calderon.

*El convidado de piedra*, imitada de la de Tirso por Devillers, y posteriormente por Borimon.

*El fantasma enamorado*, de Guinaut, del *Galan fantasma*, de Calderon.

*La escuela de los celosos*, de Montfleury, del *Angel fingido*, de Lope de Vega.

*Las intrigas amorosas*, de Gilbert; nueva imitación de la de Lope de Vega titulada: *Amar sin saber á quien*.

*El celoso invisible*, de Breccourt, del *Celoso engañado*.

*La dama capitan*, de la de igual título, por el señor Montfleury.

*El aseo fulminante*, imitada de Tirso *El convidado de piedra*.

Si los datos, dice el autor de quien tomamos esta lista, no nos hubieran faltado, aun podríamos hacer una lista mucho mas larga de las imitaciones, traducciones y plágios que los escritores franceses han hecho á los poetas españoles del siglo XVII; pero basta con lo referido para probar que no siempre hemos sido nosotros los traductores, sino que ha habido para todos.

A. B. A.

## EL BAMBU DE CHINA.

M. Verdier Latour acaba de publicar una noticia muy interesante sobre los usos innumerables del bambú de la China, maravilla del reino vegetal, y sobre la posibilidad de cultivarlo en Argel. En el *Zéramma* de Philippeville leemos un resumen muy exacto de este trabajo.

De todos los usos del bambú enumerados por el autor, el principal, el que debe llamar particularmente la atención, porque es para la China una industria de mucha fama y de grande importancia, es el de la fabricacion de ese papel, que entre otras cualidades que le distinguen, tiene la de haber sido reconocido como eminentemente propio para la impresion del grabado sobre acero.

Cuando se quiere coger el bambú para fabricar papel, los tallos cortados cerca de la raíz se combinan por su grosor y por su edad con una longitud de 50 centímetros, reunidos en atados mas ó menos voluminosos segun la profundidad del estanque, en seguida son sumergidos en el agua ó el barro, y se dejan allí cierta tiempo que varia segun la temperatura. Las demás preparaciones son semejantes á las que seguimos para la fabricacion de nuestro papel; es decir, que el bambú machacado en pilas de madera se reduce á pasta y casi se liquida; luego se estienda en cuadros, y cuando se seca se pasa por rodillos que lo suavizan. Cuando el papel preparado de esta manera proviene de tallos escogidos, es fino y sedoso; pero no resiste á la acción de las lluvias europeas si no se tomara la precaucion de encolarlo metiéndolo en una solución de alumbre y de cola de pescado.

El papel de China, propiamente dicho, es decir el que conocemos bajo esta designacion, es una mezcla de pasta de bambú y de algodón de Nankin; de ahí proviene su color amarillo, su ternura y su porosidad, cualidades que lo hacen propio para el grabado en acero.

El bambú sirve tambien para la fabricacion de cuerdas. Se cortan en tiras delgadas los tallos remojados en agua, y estas tiras trenzadas se convierten en cuerdas muy fuertes, muy durables y muy económicas. En los juncos se emplean muy particularmente.

La mayor parte de los utensilios agrícolas, aradores, mangos de instrumentos aratorios, tubos de toda especie, y los mismos arados, son tallos de bambú fácilmente adaptados á estos diversos objetos.

Después del empleo industrial, viene el terapéutico. El papel de bambú es excelente para curar llagas y heridas herbas con arma blanca. Apléase en hojas superpuestas, simplemente mojadas, y la herida se cura como por encanto.

Imposible nos es seguir á M. Verdier-Latour en la enumeracion de todos los servicios que presta el bambú en la China y los demás países que lo cultivan. Basta decir que el bambú es el vegetal por excelencia, y probablemente la China sin el bambú no hubiera podido menos de acudir á las naciones industriales que trabajan la madera y el hierro.

Diferentes ensayos para naturalizar el bambú han sido hechos en el vivero de Argel, y si no estamos mal informados, de los colonos argelinos depende el poseer este precioso producto del celeste imperio, tan útil para la satisfaccion de diversas necesidades.

## LOS DOS PRIMOS.

(Conclusión.)

Bien pronto la llegada de M. Duménil y su hija le hizo conocer que era muy inferior á la realidad, la opinion que habia formado de la belleza y las virtudes de Lucía; pero Jorge, siempre leal para ahisar de la confianza de su primo, y disimulando con cuidado lo que pasaba en el fondo de su corazón, jamás dejó traslucir

ni en su lenguaje ni en sus maneras nada que no estuviese en armonía con un cariño razonablemente justificado por el parentesco.

Entre tanto Lucía, con ese tacto maravilloso que distingue á las mujeres, conoció al momento que existía gran diferencia entre los dos primos, y que esta no estaba en favor del que le destinaban por esposo. Lejos de dejarse seducir por ese lenguaje que en los salones indica talento y saber, prefería mucho al desceño de Armando el modesto silencio de Jorge, y cansada bien pronto de las trivialidades que constituían el fondo de la conversación del primero, siempre renovaba con placer con el segundo conversaciones no menos sólidas que agradables. Lo que no podía comprender era que el hombre, cuyas cartas había admirado tanto, afectase á su lado tanta ligereza de talento y de carácter.

—Quizá, decía para sí, buscando la explicación de esta anomalía, sabiendo que mi padre veía su correspondencia. Armando se dignaría hacer en su obsequio un sacrificio de talento y de buen sentido, que hoy le parece inútil con una joven ignorante y trivial.

Pero esta explicación no bastaba á disipar las tristes prevenciones, que poco á poco se fueron apoderando del alma de la joven criolla.

En cuanto á M. Dumenseil no fué menor su desfecto á Armando; no había sido menor que el de su hija: las cualidades de Jorge no se habían escapado á su penetración; mas de una vez sintió que la suerte no hubiera hecho de él el hijo del banquero, y de este el heredero sin fortunas.

El padre y la hija, sin comunicarse el resultado de sus observaciones, tenían la misma idea de los dos primos, y los dos parecían haberse convenido en no acelerar la conclusión de un matrimonio, que había sido al principio el objeto de todos sus deseos.

Entre tanto el ministro confió á su secretario un trabajo de la mayor importancia: se trataba de un proyecto de reorganización, con el cual contaba para dejar un glorioso recuerdo del tiempo que se dedicó á los negocios. Armando recibió con las notas en donde estaban consignadas las opiniones de los mejores publicistas, instrucciones verbales sobre las razones en que había de apoyarse la que había preferido el hombre de Estado. Estas notas, así como las instrucciones verbales, fueron como de ordinario puestas inmediatamente en manos de Jorge, solamente á fin de darlos á los ojos de su primo cierta importancia. Armando le reprodujo los razonamientos del ministro, atribuyéndose todo el honor, de suerte que Jorge tenía pasar como perteneciente al secretario la opinión que había de prevalecer en el documento que tenía que redactar.

Pero sucedió que después de un estudio profundo, Jorge vió de repente surgir en su cabeza una idea nueva, distinta de todas las que tenía delante, y en particular de la que tenía encargo de hacer triunfar. Esta idea, largo tiempo examinada, debatida, meditada, le pareció de una justicia tan evidente, y en su aplicación anteveía resultados tan fecundos, que no pudo resistir á la idea de exponerla. Cada vez mas convencido, concluyó por sustituirla á la que Armando le había recomendado, y dirigió en su favor todas las conclusiones del proyecto: tenía tanto menos escrúpulo de conciencia, cuanto que creía hacer á su primo un señalado servicio.

El ministro, al enterarse del trabajo de su secretario, se sorprendió al ver truncado su plan, y sus argumentos con una lógica tan concluyente. Herido en su amor propio, se dejó llevar en un principio por un movimiento de despecho, y después de llamar á Armando á su gabinete, le dijo con un tono muy irónico que se iba á dar prisa á ofrecer al rey su dimisión en favor de un secretario que tenía pretensiones de saber mas que él. Esta salida, que estaba muy lejos de esperar, atemoró al desgraciado Armando, que vió de repente destruirse sus esperanzas. Se retiró sin balbucear una excusa, y corrió á pagar á Jorge con usura el responso que acababa de recibir.

—Creí hacerlo bien, respondió Jorge; ¿podía adivinar que combata la opinión del ministro? Si no me hubieras dejado en la persuasión de que era la tuya, me hubiera ciertamente mirado bien antes de aventurarme á hacer triunfar otra; y sin embargo, aúdad con convicción, me hubiera costado trabajo; cuando mas reflexiono, adquiro mas certidumbre de que mi sistema es el único razonable y verdadero.

—No hay nada mas verdadero y razonable que lo que quiere el ministro, respondió Armando; y la prueba es que he perdido mi porvenir, porque no tardaré en recibir la noticia oficial de mi desgracia; no quiero hacerme ilusiones.

—Vamos, querido primo, en lugar de desesperarnos, busquemos entre los dos algun medio de evitar esta desgracia.

—¿Añ no veo ninguno, respondió Armando dejando caer la cabeza sobre el pecho con el mayor desconsuelo.

Después, levantándose de repente á los pocos minutos de silencio:

—¡Ah! sí, en efecto, exclamó, veo uno... pero solo se puede cumplir con tu consentimiento.

—Entonces te has salvado, le dijo Jorge con alegría; es muy justo que el que te ha hecho el mal lo repare.

—Pero, replicó Armando, se trata de una cosa que valdría muy poco su resultado si tú no te encargas de hacerla... Comprenderás en efecto que tendría muy poca gracia que te acusara yo mismo...

—En efecto, le interrumpió Jorge, tienes razon; el ministro debe conocer el verdadero culpable, y es mejor que sea por medio de una confesión que de una denuncia.

—Esto mismo.

—Nada mas sencillo; pido una audiencia y le digo que una indisposición le precisó á confiarle la redacción de un asunto que no podía detenerse; que yo he cometido la falta: con esto no tienes ya que temer su enojo, que sería una injusticia cayese sobre tí.

Mientras que Jorge corria al ministerio, Armando recibía la visita de M. Dumenseil, que acusado por las instancias de M. de Brevannes, venia al fin á entenderse con su futuro yerno, y á fijar el día en que había de firmarse el contrato. M. Dumenseil, como todos los de las colonias, fumaba mucho; no podía tratar el asunto mas grave ó el mas ligero sin tener el cigarro en la boca; se podía decir que la mayor ó menor luzidez de su razon estaba en relación con la atmósfera de humo que le rodeaba. Su primera palabra, después de los saludos de costumbre, fué pedir fuego á Armando; este colocó una bugia al lado de M. Dumenseil, y le dió el primer papel que le vino á la mano. Nuestro colono se sentó y se puso á encender el cigarro; durante esta operación sus ojos se fijaron por un momento sobre el papel que estaba escrito.

—¡Ah, ahí dijo con aire de sorpresa.

—¿Qué es eso? preguntó Armando.

—Nada... la llama que se acercó demasiado á mi dedo.

Y M. Dumenseil, después de haber apagado el papel, le leyó rápidamente y lo guardó por distracción en el bolsillo; y en lugar de tratar el objeto de su visita se puso á hablar de cosas indiferentes, y se despidió de Armando á los pocos minutos.

Apenas había salido entró Jorge.

—¡Y bien?

—Mi querido Armando, he visto al ministro; pero creo que no hemos elegido buen medio.

—Me haces temblar.

—Por lo demás, no puedo decirte nada positivo; después de haberme escuchado con mucha atención, el ministro me respondió con voz muy seca:

—Os doy las gracias, caballero, por esta aplicación; podéis prevenir á vuestro primo que hoy como con su padre y que aprovechará la ocasión para dimitirme.

Armando fué de la misma opinión; no encontró mas seguro que el laconismo de esta respuesta, y su ansiedad crecia á medida que se acercaba la hora de comer, que le pareció haber llegado ya muy pronto. Era una comida de familia, á la que asistía solo un extraño, el ministro. Armando y Jorge se quedaron igualmente sorprendidos de la acogida que les hizo cuando se presentaron en el salon: lo que se mostró de indiferente con el primero, se mostró de amable y obsequioso con el segundo. El ministro, previa una señal de asentimiento que le hizo M. de Brevannes, se volvió hacia Armando, y le dijo:

—Me apresuro, caballero, á confesaros la doble falta que cometí esta mañana; he hecho recien sobre vos el mal humor que otro había provocado, y este mal humor mal aplicado encerraba la torpeza no menos grave de no ser fundado. Instruido por la reflexion, me he convencido que las conclusiones establecidas en el informe eran mas claras, mas lógicas y mas profundas que las mías; de modo que no era resentimiento, sino reconocimiento lo que debía á su autor. M. Jorge me permitirá que le manifieste aquí altamente mi gratitud; es una deuda adquirida con tanto mas placer, cuanto que me ha sido fácil reconocer por el estilo el verdadero autor de todos los trabajos que hasta ahora me ha presentado su primo.

—Mi hijo! exclamó á su vez M. de Brevannes echando á Armando una mirada severa; yo soy quien he triguado de mi amigo que os dé esta lección; deseo que la aprendeís para lo sucesivo.

Armando, colorado de vergüenza, tenía los ojos fijos en el suelo; pero su confusión fué mucho mayor cuando M. Dumenseil, sacando de su bolsillo un papel medio quemado, exclamó:

—Mi querida Lucía, la explicación que buscábamos es ha hecho muy sencilla; de la misma mano salían los informes del secretario y las cartas sueltas del pretendiente.

Armando empezó balbucear algunas palabras: M. Dumenseil le interrumpió enseñándole el papel.

—No hacía falta, pobre joven, conservar este borrador, escrito de mano de tu primo, y mucho menos dármele para encender el cigarro.

¿Qué sucedió? Fácilmente lo adivinarán nuestros lectores: desde el día siguiente Armando vió ocupar á Jorge su plaza de secretario, y tres semanas después se firmó un contrato en casa de M. Dumenseil; era el de Jorge y Lucía.

En el momento que esto escribimos, Jorge es uno de los miembros más distinguidos del consejo de Estado en cuanto á su primo, posee la única celebridad que fué apto para adquirir, la de sus locas proclividades.

## LOS FUNERALES DE UN VIVO,

CANTADOS POR UN DIJUNTO.

### I.

Cierta día de otoño del año 1556 los habitantes de la pequeña aldea de Cuacón, en Estremadura, se dirigían con precipitación hacia la antigua ermita de S. Cristóbal, convertida en monasterio de Gerónimos, llamado vulgarmente de Yuste, edificado precisamente á la falda del monte de Tormentos y sobre el mismo collado del Salvador.

La noche reemplazó luego al día, pero una noche lóbrega y sumamente fría: el viento norte enviaba sus glaciales ráfagas conteras, haciendo chocar los desnudos ramajes de los árboles que destacaban sus confusas y peladas formas como esqueletos en aquel horizonte diáfano y sin luz, cortado por negras montañas de irregulares cimas.

Percebíanse aun los grupos de olivares, cuyo color sombrío y aterciopelado resaltaba en manchas recargadas de tinieblas en medio de aquel cuadro de soledad y silencio selváticos.

Sin embargo, los aldeanos que permanecían al abrigo de los castaños contiguos al monasterio, porque el frío aumentaba en intensidad y el viento crudo del septentrion azotaba sus rostros y helaba el ambiente con su soplo violento.

Era bien entrada la noche. Un grupo de cuatro personajes montados en ligeras cabalgaduras, llegó á la portería, donde se apearon aquellos.

A su tránsito había sido saludado el misterioso grupo por los buenos aldeanos que se prosternaron de rodillas con el acatamiento de un vasallo para con su soberano, y una exclamación entusiasta, pronta á estallar en la multitud, fué sofocada por un mandato lleno de severidad por parte de aquellos hombres que pasaron en medio del más grave y solemne silencio hasta llegar al apéndice.

La oscuridad del monasterio anunció con su monótono tañido la llegada de la pequeña cabalgata, y aunque era contra regla, la comunidad en pleno consejo acordó dispensar por aquella vez la *imprudencia* de los desconocidos, y las puertas se abrieron para ellos, siendo admitidos después á la mesa del refectorio.

Pudo verse entonces la talla gigantesca de uno de aquellos hombres, como colosal, agobiado por el huracán de los años de una vida agitada y triunfadora. Brillaba en sus facciones una régla á imponente majestad, que formaba singular contraste con su profundo recogimiento; y su mirada afectadamente humilde, de la que irradiaba sin embargo un brillo altivo, exaltaba de vez en cuando su fulgurante pupila.

Y este hombre poderosísimo en otro tiempo y aun entonces mismo, segun los estatutos del monasterio, ocupaba el asiento ínfimo á los pies de la mesa, como el último y más inferior de los novicios.

Concluida la cena, el nuevo hermano se arrodilló en el suelo, besó el polvo y pronunció estas palabras, bañado en lágrimas su arrogado rostro:

*«Natus, pauper et miserimus de ventre matris mee egres sus sum: autus etiam ventu adte, mater omnium viventium.»*

Aquel hombre era Carlos V, emperador y dueño de ambas mundos.

### II.

El 29 de agosto del año siguiente, á la llegada del emperador al monasterio de Yuste, un religioso de alta estatura vestido con el hábito de la orden, se ocupaba en cavar con un pesado azudon un cuadro del jardín contiguo, cultivado todo él por los individuos de la comunidad. Aquel hombre anciano, doblegado por la fatiga de su violento trabajo, dejaba traducir un sello de gravedad imponente; su respiración era angustiosa y un copioso sudor traspiraba en majestuoso rostro de facciones pálidas y venerables, en las que se notaban visibles rasgos de un hermosura viril, rebajada ahora por la edad y la penitencia. Este religioso se llamó en el siglo Carlos V.

Un lego vino á anunciarle cierta orden del superior, sobreentendiéndose en esta lacónica frase.

—Ya es hora!

Terribles palabras, que ultrajaron al religioso un triste gemido, contestando con dolosa resignación.

—Cúmplase, pues, la voluntad de Dios.

A apoyóse en el brazo del novicio, porque era mucha la prostración de sus miembros, y su respiración jadeante y fatigosa; dirigióse en

seguida á su miserable celda, donde se sirvió por sí mismo un pobre desayuno, y marchando luego á la iglesia, donde se le esperaba una terrible ceremonia.

### III.

Una hora después representaba el templo una de esas exentas anómalas, fúnebres y terribles, que son un fenómeno en la historia de los desvarios de los hombres poseídos de un fanatismo imprudente.

La gran nave estaba colgada de cortinajes de damasco negro, así como los altares y pilastras, revestido todo con paramentos de terciopelo negro con velos flotantes sobrepuestos en los frontones. Del arco toral de la fábrica pendía un pabellón de brocado con las armas de España y Alemania, rodeadas de águilas y leones rapantes con perfiles de granate y galoneado todo, formando medias lunas de plata con bordadura de recamado y rapacejos. Debajo del pabellón flotante y sobre gradas de mármol artificial, rodeadas de un saquerjado de madera, alzábase un suntuoso catafalco revestido de bayetas y terciopelo negro, resaltando á proporcionados trechos los cuarteles y atributos heráldicos imperiales, bordado todo á realce y orlado de libias fémures calaveras blancas. Sobre el tercero y último cuerpo del túmulo yacía el emperador, encerrado en un féretro de ébano, forrado de terciopelo negro galoneado y cubierto con el manto imperial rasgado en varias partes. Sobre el segundo cuerpo inferior yacían rotas por el asta varias banderas, y el cetro y corona devorados por las rapantes águilas, formando una siniestra alegoría fúnebre, que se repetía luego con un juego doble de leones de tambrientas y espresivas garras. Más abajo lucía un heroico trofeo de todas armas americanas y europeas, sostenidas por parcas y estatuas alusivas, y alid en la cúpula pendaba una bandera fúnebre, tremolando sus lúgubres pliegues sobre todo el terrible aparato.

Los cáusticos permanecieron cerrados y enlutados los arcos de las capillas. La oscuridad del templo prestaba nuevo realce al sombrío cuadro que presentaba el inmenso recinto: habíase cerrado las ventanas y puertas, y colocados un hincho en el cáustico principal de ingreso. Un rayo del sol nascente penetraba por una pequeña hendidura de la cúpula, y los cien cirios que rodeaban el catafalco daban un imponente aspecto á aquella escena anticipada de la muerte, rodeada de soledad y tinieblas.

Habíase terminado los maitines: todavía resonaban las últimas notas lúgubres del órgano en la inmensa bóveda, y las campanas empezaron á doblar los clamores de difuntos. La ceremonia fúnebre se acerca, el templo está desierto y reina allí la soledad, el silencio y un terror tan pavoroso, que hiela el alma y la pierde en un círculo de negra amargura.

Pero he aquí que un coro invisible empieza á recitar las primeras antífonas del *Requiem*: otra voz también invisible contesta los versículos con desfallecido acento, y esta voz sepulcral sale del mismo féretro donde yace el hombre mas poderoso del orbe, que se ha sumergido en la tumba, anticipando el instante de su nada. ¿Por qué tanta prisa?...

El coro entonó luego el terrible oficio de difuntos. La voz del soberano cada vez mas lánguida y desfallecida, continuó respondiendo durante los primeros nocturnos. Los cantores permanecían invisibles y aumentaba el natural terror el aspecto solitario del templo sumergido en tinieblas.

Al cénitico de los primeros nocturnos sucedieron los responsos, las asperisiones y el incienso: fué aquella la primera vez que se dejó ver la comunidad que oficiaba, arrastrando las colas de sus prolongadas capas pluviales, ostentando el fujo de preciosos ternos de tisú y brocado negro, sus blancas albas, sus roquetes y sobrepellicas de blanco lino y sus cruces, ciriales é incensarios de plata dorada, los porta-estandartes con sus insignias fúnebres, los periqueros con sus paños de oro, detrás las hermandades de la agonía, las confradías de la muerte y las comisiones régias de duelo, batiendo á raja destemplada sonos y marchas fúnebres, á son de clarín y doble de campanas á clamor de *Requiem*.

Una circunstancia estraña pudo notarse entonces, y es que habla cesado de oírse la voz del monarca.

En efecto, horrorizado, aturrido y no pudiendo arrostrar el pavor de la ceremonia, había cedido á un profundo delirio.

Debía influir estraordinariamente esta ridícula ceremonia en el ánimo ya tan gastado y fanatizado de Carlos V, así es que un año próximamente después de la celebración de estas paces, el 21 de setiembre del siguiente 1558, el emperador arruinado por nuevos cánticos sepulcrales, en que también tomó parte hasta su última hora, exhaló su postrer aliento.

José PASTOR DE LA ROCA.

## LAS TRES NARANJAS Y ALGUNAS GOTAS DE AGUA.

CUANDO ORIENTAL.

Vivia en Teherán la criatura más mezquina y tacaña que ha nacido de mujer. Entre los fieles hijos de Alí, solo se ignora lo que debe ignorarse; del resto nadie hace caso. Há aquí la razón de haber todos á ciencia cierta por mucho que la pesara, que Aboo-Nazib, con su andrajoso turbante y su almofala abigarrada por las injurias de medio siglo, era el hombre de los caquiles y las rupias, y que no podía menos de atender medio Golconda donde, excepto él, nadie acertaría á decir. En su jardinillo de algunos pies, se criaban las mejores naranjas de toda Persia, las que en canastillos de oro esmaltados de pedrerías, eran presentadas sucesivamente y sin faltar una por sus servidores negros en la mesa del Ssch poderoso, sombra de Alá en la tierra. Pero por muy largo que tuviera el brazo y grandes fuesen las riquezas que guardaban sus famosas arcos de cedro y marfil incrustadas de oro, llegó un día en que con la frente en el polvo le hicieron saber sus emisarios no contage por entonces con las dulcísimas naranjas de Aboo-Nazib, porque su huerto había sido robado sin saberse cómo, y tan temerariamente, que era más fácil encontrar las cabezas de los culpables, que una sola naranja en todo el árbol. S. A., con una calma que le hacía honor, continuó fumando en su pipa como si tal cosa, con grande osombro de sus visires y sétrapas.

El robo era falso.

Balzábase Aboo-Nazib á la puerta de su miserable espelunca, conchidas las abluiciones de la tarde tan indignamente como de costumbre arrellanado en su estera, y entretenido en pasar las enormes agallas de un rosario torco, cuando oyó una voz que le decía: «Dame tres naranjas de tu jardín.» Volvióse lentamente, y vió cerca de sí una especie de Ogro fornido y musculoso, medio desahuido y negro, y con la nariz mas desahorada y hundida que pudiera inventar el demonio de la caricatura. Ni siquiera le contestó. El otro meneó un saco que despidió un sonido metálico, Aboo-Nazib le hizo con la cabeza una señal negativa: entonces la criatura deforme lo vació ante sus ojos, é inundó la estera y los pies del absorto avaro con un turvion de preciosísimos y deslumbradores diamantes.—Todos son tuyos por las tres, le dijo, y por igual número te dará cada día otros tantos, hasta que tu árbol produzca fruto.—Aboo-Nazib, por toda contestacion, se lanzó sobre aquel tesoro como el león sobre la girafa sedienta, y volvió luego con las tres mas ruines naranjas que pudo encontrar.

Al día siguiente, volvió el negro con su saco, y se llevó sus tres naranjas mediante igual número de diamantes que el anterior, y así sucesivamente, hasta no quedar ya mas que tres en poder de Aboo-Nazib; pero en vez de trocarlas por su pedrería, según lo apostado, le mintió de esta manera:—«Necesito decirte que mi árbol no dará mas fruto el año en que deje de comenzar sus tres naranjas mas bellas; el te cedo estas últimas, quedará el seco y yo arruinado, porque así está escrito: muéstrame el lugar de donde estrax tu tesoro, y son tuyas después.»—El vestigio de nariz aplastada aceptó sin vacilar, y ambos partieron hácia las fronteras de la India, llevando Aboo-Nazib por todo equipaje una aguda goma de Damasco empuñada con recortada.

Los primeros días de marcha comieron y bebieron de lo poco que la hospitalidad pobre y liberal de sus hermanos compartió con ellos sin interés alguno, pero muy pronto vióse el avaro de corazón seco, perdido con su guía entre un océano de arena que abrasaba sus pies y derretía su carne. En vano recurrió al negro; desde que penetraron en el desierto no había mas que cantar en un idioma desconocido, monótono y lágubre, ó saltar como un mono con gentil compés de abullidos. Hizo sin duda de su bizarro modo de proceder, le dijo por fin: «—Aboo-Nazib, ¿ves aquella tienda que se aparece allá?—y le señaló el Norte, —pues con solo un silvido vendrían aquí gentes que por medio de los procedimientos mas raras y caprichosos, harian salir á un hombre borrado hasta el último poquí, por muy guardado y por muy lejos que lo tuviera. ¡Diablo de sed!... dame una de las naranjas.»

Aboo-Nazib llevó la mano al pomo de su puñal, pero retirándose con lentitud, entregó á su extraño compañero una de las tres, temblando como un epiléptico. El guía tornó á su danza y á sus cantares con mas brío que nunca, pero de allí á poco volvió á decir: «Aboo-Nazib, desde aquí veo la gruta misteriosa; guarda para ti la tercera de las naranjas, porque la necesitarás; pero, antes de ser el mas poderoso de los nacidos, dame la segunda, y si así no lo haces, adiós.» Y dió tan prodigioso silbo, que Aboo-Nazib le perdió de vista; mas señalándole en breve junto á él, le entregó dócilmente su naranja, aunque la sed que lo devoraba le hiciera comprender era aquella fruta preciosa, en trance tal, á todas las riquezas del universo mundo.

«¡Hé ahí! aquí gritó su guía, trascurrido un buen espacio, y arrojándose bruscamente al suelo, removió á uno y otro lado aquella lava abrasadora, sirviéndose de sus manos como el mas lído lebrón de Larasia, burlado por el león hasta dejar ver una ancha losa negra y sin esmalte, y oprimiendo sin duda secretó resorte, la boca aun mas hóbrega de un silbo profundo y temeroso. Aboo-Nazib miró á su compañero y después á la sierra, pero no bien rozó en su borde la gruesa punta de su habuchá, cuando el rugido ronco y formidable de un león le hizo retroceder asombrado y mareado. «Está desencadenado, le dijo el negro con la mas fría calma, pero no le temas que yo lo apartaré de tus ojos bajando el primero; mas para que tú penetres en el recinto maravilloso, has de arrojarte delante de ti un don que de las ropas no sea, porque está escrito: «Quien sin ofrenda llegare no valga mas.»

Dicho esto, arrojó al peso una de sus dos naranjas, y desapareció tan ligero como ella en dirección igual. El buen Aboo-Nazib no vaciló entre su puñal y su última naranja; lanzó esta como su guía, y una



(Aventura de un loco coronado).

claridad sólida y aromática le permitió distinguir una estera practicable y limpia, no bien lo hubo apuntado, y por la que se dejó ir con intrépido corazón, empuñada su arma bajo los doblices de su almofala.

¡Oh, vista espléndida y deslumbradora! El sahleráneo era basto y tendido, y por todas partes relumbaban, hacinados como mies, grandes y triangulares montones de las mas preciosas piedras. Había oro hasta perderse de vista, plata como para marchar sobre ella; delicadas estofas de Cachemira, marfil maravilloso, sedas suavísimas y aromáticas, resplandecientes joyeles, arneses cuajados de oro y perlas blanquísimas. Allí se hallaba la bizarría europea con toda la riqueza de Oriente. Era aquel, sin género de duda, el paraíso de la codicia, y tal allí se hallaba Aboo-Nazib, que á trasportarlo entonces al de su Profeta fuera lo mismo que dejarle caer desahuido entre zurtas y ortigas. La mano pesada del negro desplomándose sobre su hombro le hizo volver un tanto en sí. «—Escucha, Aboo-Nazib, le dijo y asustada bien, porque te va mucho. Este, y mas que no has visto, es el león de tu señor Aharin-Abul-Mizza, ssch poderoso de la Persia. Un día llamó á su esclavo y le dijo: «Agu-a-a, mi siervo Aboo-Nazib es un perro que se atreve á recibir dos balzas por cada fruto del árbol que pertenece á su amo. La araña que se ha hincado en las tiendas de la viuda y el huérfano, y en cuyo agujon hay sangre de

otras víctimas, no puede ser castigada con publicidad; podría susurrarse que sus grandes riquezas me llevaron á hereir, y padecería mi gloria. Agu-a-a, tráeme su cabeza sin que nadie se aperciba.» Entónces su fiel negro vino á este lugar de él solo conocido y... No le dejó ir mas adelante Aboo-Nazib; furioso como el leopardo herido por mano inesperada, se lanzó sobre él para clavarle su puñal; pero mas ágil y robusto el negro, lo desarmó en un abrir y cerrar de ojos, y sujetándolo con su ceñidor, prosiguió con desden: «Cuanto posees el esclavo, pertenece á su señor. Aboo-Nazib, la cueva de tu jardín está vacía, la oro y tus piedras se hallarán aquí en breve. ¡Oh! el negro es prudente como la abeja y valeroso como el águila, por eso se rió de la traición cuando la vió esconder su arma de dos filos.»

De tan malas nuevas, indudablemente la última producía peor efecto en el acongojado juicio del pobre avaro, que cuantas pudo oír y oyera en los sesenta años de su dorada miseria; pero cosa rara, Aboo-Nazib aunque no tenía talento, poseía cierta cosa que á las veces lo parecía, particularmente en los trances extremos, y así fué que paseando sus ojos por todas aquellas preciosidades, aun no bastantes finas para él, dijo á su verdugo: «Valiente Agu-a-a, el gran Tipoo-Zaeb, sultán del Masur, está en guerra con el tirano de la Persia; vamos si tú quieres á encontrarle, y serán nuestras cuantas maravillas nos circundan. Harte libre, y yo te edificaré un palacio de oro y diamantes, y te lo llenaré de las mas hermosas mujeres de tu país y de la tierra toda.»

El buen Agu-a-a, rompió en una especie de carcajada de muy mal agüero para el infeliz maniatado, haciéndole una doble fila de dientes mas blancos é incisivos que los de un chacal, y por toda respuesta, arañado de una enorme cimarra, que relumbrió en su mano como por encanto, cayó sobre su víctima, dejando escapar cierto rugido salvaje muy semejante á los que poco antes dejara oír su camarada el tigre. Pero á pesar de tanta braveza y furibunda carga, el animoso Aboo-Nazib logró alzar su cuello del primer fendiente, y cuando con un menso bño fué á secundar el negro, oyó una voz que desde lo alto decía: «Detente, Agu-a-a!» y á poco apareció mas cerca una especie de fantasma herméticamente velada y blanca, y ante cuya aparición milagrosa se prosternó el esclavo reverente. Entonces avanzando hasta el pobre viejo, su misterioso libertador pronunció en tales palabras: «Aboo-Nazib, ¡Alá es grande! ¿Recuerdas el día en que caminando por el desierto despendiste de tu camello para derramar algunas gotas de agua entre los labios de una pobre mujer espi-rante y abandonada de sus hermanos? Pues hé aquí por qué tu cabeza no caerá. Aquella anciana moribunda á quien tú salvaste con solo el agua que puede caber en el hueso de una mano, era la madre de la que hoy se sienta en el trono de tu señor, y como nunca se olvidó esta de tu nombre, su esposo magnánimo le ha concedido pagarte su deuda. Vivirás, Aboo-Nazib, pero conociendo este lugar terrible, es la voluntad de tu amo que jamás lo abandones.»

Y así lo verificó.

Los primeros días vagó por aquellos ámbitos relucientes y solitarios, tal vez á caza de una salida; pero luego que se convenció de que el tigre de mas arriba ó bien la cimarra del amigo negro podrían darle un mal rato, ya no pensó mas que en contemplar como suyo aquel píselago maravilloso, y se halló tambien entre ellas que se supo despues por su antiguo guia y hurlador el fiel Agu-a-a, pues como encargado de renovar sus provisiones, se le oyó decir veces distintas, que solo saldrá de allí para habitar un mundo, cuyo cielo fuese de plata, el pavimento de oro, los árboles de esmeralda, los rios diamantes, carbuaelos, jacintos y topacios las flores, de rica estofa los céspedes, luzil las aves, zafir la raza bruta, y él su único viviente.

Téngase por averiguado que la felicidad y la avaricia no son tan zélipodas como hasta aqui se ha creído.

ICAN DE SILDUDA.

## AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

—Retraos, dijo entonces la falsa condesa á los criados que se apresuraron á obedecer. ¿Qué motivo ha habido para esta violencia? preguntó en seguida á Reginald.

—Os lo han dicho, señora, creí que habíais parlado.

—Y era esa una razón para atropellar á mis criados?

—Os pido perdon señora por una conducta tan irreflexiva... estoy avergonzado de ella... me engañaba en efecto... la pasión me ha perdido. No habeis dejado la Suecia, pero ese trineo, ese aparato de viaje...

—No os engañais, respondió la verdadera condesa, dejamos ahora mismo la Suecia donde nadie puede obligarnos á permanecer.

—Partid! exclamó Reginald entre colérico y desesperado.

—Está decidido, respondió la falsa condesa, esforzándose para continuar su penoso papel.

—Debíamos estar ya lejos de Stokolmo, dijo á su vez la falsa Georgina, y no sé cómo os sorprende una resolución que conociais antes que nadie. Contábamos con vuestro crédito y vuestra influencia para impedir la guerra... se ha declarado...

—Y qué, ya lo sabéis!

—La señora condesa no deja nunca al tiempo el cuidado de noticia, los sucesos que puede saber por medios mas rápidos. ¿No es eso?

—Sí, Georgina.

—Además, todo el mundo lo sabe ya.

Al salir del consejo, los senadores triunfantes han esperecido la noticia de que se iba á declarar la guerra. Han partido órdenes á todas las plazas fuertes, se vanan los arsenales, se llama á los oficiales por qué hemos de permanecer aquí? Es para ser prisioneros de un rey, cuyos caprichos son tempestades?

—Yo no he tenido tiempo de obrar sobre el alma de Carlos XII, murmuró Reginald, humillado del tono irónico de la falsa Georgina. Nos ha sorprendido á todos por su metamorfosis. El fuego y el ruido de la guerra han salido de aquel cerebro como un volcan, cuya existencia no sospechábamos. Yo trataba de someter el carácter débil de un niño coronado y he hallado un Aquiles de dieziocho años, exhalando la guerra por todos sus poros, respirando venganza, quebrando resistencias, infundiendo en todos los pechos un espíritu guerrero, cambiando súbitamente un tropel de libertinos, de jugadores, de perezosos, de moladores, en otros tantos jefes de armada, sobre los cuales puede descansar para reunir millones de hombres capaces de seguirle al fin del mundo; porque cada uno de ellos dispone por su rango, el crédito de su familia y sus grandes bienes de tres á cuatro mil paisanos capaces de ser un día soldados y marinos indomables. ¿Qué podría yo solo contra tal milagro?

—Nada... oh! nada! respondió con tono glacial la falsa Georgina; por eso la señora condesa os excusa de haber fracasado y solo os suplico que no retardéis el momento de su partida por la inútil expresion de vuestros enojos.

—Ya veo que pesan á la señora condesa...

—Oh! no lo creais, exclamó la falsa condesa ¿quién os ha dicho eso?

—No lo es vos misma de boca de vuestra dama de honor?

—La señora condesa olvida, interrumpió vivamente la supuesta Georgina, que estan dados sus órdenes... que nos retardamos...

—Es verdad, dijo Georgina doblegándose á aquella voluntad de hierro y tendiendo la mano á Reginald... adios, caballero, adios. Llevo de vos un recuerdo que agrada siempre á mi memoria...

—Decid á vuestro corazon y os digo, y parto, y me destierro con vos y dejo para siempre la Suecia y...

Un criado apareció en la puerta y dijo á la condesa que habia pasado la hora de partida.

—Os precedemos, dijo la falsa Georgina abriendo la marcha y apartándose para dejar pasar á la falsa condesa.

—Pero señora condesa, exclamó amargamente Reginald, no me escuchais... no me ois, no tenéis piedad de mí... No me decís dónde os veré... Oh no, seréis tan dura para el rey... ó para el caballero Megret...

—Para el rey! ¿Qué hé hecho yo por él?

—Y qué tiene que ver con esto el caballero Megret? preguntó casi al mismo tiempo la falsa Georgina, curiosa de saber por qué este nombre se mezclaba á aquel torrente de quejas y sollozos.

El caballero Megret, no se tan desconocido aquí como álgis creer, replicó Reginald, no queriendo dejar partir á las dos fugitivas sin causar su corazon de una última reminiscion.

—Nunca ha puesto aqui los piés, respondió la falsa Georgina.

—Sabe ahora mismo de aqui, señora.

—De aqui!

—De aqui mismo, vuestros criados lo pueden decir.

—Os chancensis.

—Ese lenguaje que nos oye, ese mismo, añadió Reginald, señalando al que habia abierto las dos hojas de la puerta para abrir paso, si, ese mismo ha hablado ahora diez minutos con el caballero Megret.

—Oye esta? dijo agitada de un insoportable temor la falsa Georgina, interrogando al criado de un modo imperioso.

—Es verdad señoría, respondió esto tímidamente.

—Y qué os ha dicho? Qué quiere? Por qué le habeis recibido? Qué viene á hacer aqui? Es insidioso, en verdad, que solo la casualidad me participe esto. ¿No respondeis? ¿Qué queria?

—Corromperme, respondió sin turbarse el imperioso criado que habia servido en Paris, lo cual habia sido causa de que el caballero Megret le prefiriera.

—Corromperis decís... ¿con qué objeto? preguntó la falsa Georgina.

queriendo saberlo todo y temiendo que el criado en su confesión ribetada de arrepentimiento, no revelase delante de Reginold alguna particularidad peligrosa.

—Con el objeto, señora, balnearé, éste, de encargarme una carta de amor.

—Para quién preguntaron á la vez la condesa, Georgina y Reginold.

—Hé ahí lo que no ha podido saber, respondió el criado bajando los ojos, porque rechazé tan pronto esa proposición...

—Imbecil! murmuró inteyermente la falsa Georgina.

—Me parece, pensó Reginold, que ha dado oídos mas tiempo de lo que conviene, al caballero Megrel.

—No sabré nada, pensó por su parte la falsa Georgina, el caballero Megrel; esto, segura de ello, no ha querido dar una carta de amor á ese criado que mente y me hace traición y me engaña, pero que conservaré. Despedir á un traidor es privarse de los medios de desenmascararle y saberlo todo.

—Bien está, amigo mio, dijo al descarado galopin, pero hubieras debido preveniros un poco antes.

—Para qué, señorita? vamos á partir, me he dicho...

—Tienes razón.

En el mismo instante algunos fatigazos razonaron en el zaguano; los carricoches, los trineos y todos los coches de viaje se agitaron.

—Ya! exclamó la falsa condesa, que va!

Esta palabra causó una nueva explosión en Reginold. Cogió una de las pistolas que llevaba siempre cargadas en el cinto y dijo:

—No, no, yo no debo sobrevivir á esa prueba de acierto que se os escapa en el momento de dejar la Succia. Quiero morir con la idea de que no os soy indiferente. Adios, partid, partid ahora.

Y armando la pistola la apoyó en su pecho.

—Que vais á hacer?

La dos damas habian lanzado el mismo grito de espanto.

—Amáis á la condesa hasta ese punto? preguntó la falsa Georgina poniendo su mano en el cañon de la pistola para retirarle.

—Lo dudais, señorita?

—Y bien, dijo ella precipitadamente, seguidme á este gabinete... No os separareis ó por lo menos dependerá de vos. Venid. Para dentro de de una hora nuestra partida. Añadió volviéndose á los criados, que la señora condesa se tome el trabajo de esperar en este salon, donde la suplico que se quede.

La verdadera Georgina deslumbrada por esta vivacidad de ingenio, aunque estuviera acostumbrada á ella, permaneció en el salon para esperar á que la condesa volviese con palabras que iban sin duda á á cambiar la fisonomía de las cosas. ¿Pero cómo? Ese era su secreto.

Descendamos ahora á la ciudad, que al despertar recibe la noticia de la declaración de la guerra, la esperece de calle en calle, de barrio en barrio, de casa en casa y la borda de mil comentarios en alabanza del rey. Los pueblos estan siempre por la guerra hasta el momento en que les y que pagaría. Háblase de ir en masa á dar gracias á Carlos XII por haber comprendido tan bien los instintos del pueblo sueco, resultado por tres pueblos dignos de ejemplar castigo, y admiraban todos de que haya surgido este noble movimiento de una vida dividida entre la caza y las brutales voluptuosidades de la mesa. Los unos decian que su madre la habia amenazado con volver á ceñirse la corona, pues él se mostraba incapaz de llevarla, los otros que obraba así para no verse perseguido por la sombra de Gustavo Wasa que venía cada noche á decirle al oído. *Adelante, adelante.* En otros grupos hablabares se aseguraba que el rey... pero ¿qué no asegura el pueblo cuando no sabe nada? A través de estos torbellinos que zumbaban como abejas en todas las esquinas hubiera podido verse pasar á Reginold marchando apresuradamente á la *gran Caserna*, situada al extremo de la ciudad. Cuando entró encontró á Olof ocupado en examinar los caballos y hacer que los criados limpiasen algunas piezas de coraza que aun se usaban en la guerra.

—Ya trabajandol exclamó Reginold.

—Pues que hay guerra!

—Eso se llama no perder el tiempo.

—Con semejante rey eso es lo mejor que puede hacerse. Ayer la az, hoy la guerra...

—Y mañana quizá...

—Qué? preguntó Olof inclinándose para recoger, ó mejor dicho para aspirar la respuesta de Reginold.

—Nada, nada, dijo éste entre dientes... pero demos un paseó y hablaremos de algunas cosas relativas á esta guerra que vamos á hacer juntos.

—Y bien pronto.

—Y bien pronto, mi querido Olof, como decís.

Reginold que tenía su proyecto.—Y es de creer que cumplía sensillamente los de la condesa—hablando con Olof le condujo hacia el Puerto.

—Estais decidido, le dijo, á acompañar al rey á la guerra, haciéndoos acompañar de cuatro mil hombres de que disponeis por vuestras tierras y vuestras minas?

—Dispusierais, Reginold, y siento no tener mas que ofrecer al rey. La guerra... ahí yo quisiera hacerme acompañar por los árboles de mis florestas.

—Bellos sentimientos, Olof.

—No sé si son bellos, pero los tengo.

—El rey os lo agradecerá.

—Será entonces doblemente premiado, pues por mi cuenta tengo bastante con arrojar dinamarquesses sobre polacos, polacos sobre moscovitas y... ¿qué más?

—Eso basta...

—Lo creéis?

—Pero el rey no pide mas.

—Entonces me contentaré con eso, pero no es Herman el que allá abajo embarca hombres y municiones en aquellos navios?

—El mismo, que toma tambien sus disposiciones para la próxima guerra.

—En efecto, el rey segun crea le ha dado el mazado de la flota.

—Es un buen marino.

—Que puede ofrecer al rey dos mil marinos, por lo menos, empleados en sus astilleros y en sus navios mercantes

—Acerquémonos á él ¿quiereis, Olof?

—Acerquémonos á él Buenos dias señorita.

—Aun no, querido Olof, respondió Herman.

—El rey casi os concedió ayer ese título.

—Que llevaré cuando le haya merecido.

—Modesto solo, dijo Reginold.

—Todos somos modestos, dijo Olof ¿qué queremos? Esterminar tres armadas... Y las esterminaremos. ¿No es esto Herman?

—Cuanto mas con vos que conmigo para eso, respondió Herman.

—Cada uno de vosotros tiene el derecho de no considerar sino consigo mismo en esta guerra, dijo Reginold, cuyo objeto era reunir el mayor número posible de jóvenes, y conducirlos á un mismo sitio sin afectacion. Estaba seguro de lograrlo siguiendo la direccion que los tres llevaban hacia media hora, á poca distancia del lugar en que Herman habia sido pescador, por decirlo así, encontraron á Reuschild y Lieven tomando tambien sus disposiciones, y preparando sus armas. En cuanto Reginold se acercó á ellos interesándolos en la misma conversacion, lo que no era difícil, dobló el paso de modo que todas ellas se hallaron bien pronto á la entrada de una taberna muy conocida en Stokolmo con el nombre del *Paraiso terrestre*.

—Cómo, dijo Olof, viejo santo de este paraiso. ¿Estamos aquí?

—En efecto dijeron Reuschild, Herman y Lieven, hénos en el *Paraiso terrestre*.

—Es singular, añadió Reginold, yo me creia aun bien lejos. El encuentro es honroso. Encontramos un instante á descansar...

—Pero tres veces así exclamó Olof, entramos.

Los tres amigos estaban ya bajo las bóvedas ardientes y ahumadas del *Paraiso terrestre*, cuyas mesas llenaban numerosos consumidores de todas edades.

—Qué desean sus señorías? Vino al momento á preguntar un mozo, en cuanto les vió tomar asiento alrededor de una mesa que habia quedado libre entre una decena de ellas ocupadas por jóvenes que firmaban, jugaban y bebían, como se juega, se bebe y se fuma en las grandes ciudades maritimas.

—Nada, respondió Reginold sacando el reloj.

—Nada! replicó Olof en el fondo de su corazon haciendo un gesto de dolor... eso es poco refrescante.

—Decíamos, pues, prosiguió Reginold, que esta guerra concebida tan esponiosamente por el rey tiene todas vuestras simpatias?

—Todas, respondió Olof.

—Cómo dudar? añadió Reuschild, nombrado el dia antes general en jefe por Carlos XII.

—Apenas podré yo contener el ardor de mis artilleros, prosiguió Lieven. Quieran partir al momento...

—Como mis marinos, dijo Herman.

—Pues ya que os veo tan bien dispuestos, dijo Reginold, puedo confiaros todo el plan de Carlos XII.

Los cinco amigos se aproximaron á él.

—Si lo que debo presumirse sucede, dijo Reginold sin bajar la voz, porque el ruido que en torno suyo se hacia, ahogaba su voz, si el rey, secundado por vosotros vence á los dinamarquesses y á los moscovitas, entonces...

—Y bien, entonces?... preguntó Olof.

Ya suspendida esta cuestion fué cortada por la voz de un mozo del *Paraiso terrestre* que decia: seis botellas de aguardiente, á cuyo grito respondió otro al momento.

—Hé aquí seis botellas de aguardiente.

Olof no encontró ya el hilo de su interpelación, *el aguardiente* el había distraído.

Aunque Reuschild también había sentido el golpe, fué bastante dueño de sí para decir.—Y bien, si somos vencedores qué sucederá?

—Sucedirá, que el rey pasará de Alemania á Polonia, de Polonia á Turquía, de Turquía á Egipto.

—*Ocho botellas de viejo borgoña*, gritó otro mozo: *¿quién ha pedido ocho botellas de borgoña?* repitió otro mozo en el fondo.

—¡Voi! exclamó Olof con la frente roja, los ojos rojos, la nariz roja y los labios secos, y que no presumía que otro que él pudiera haber pedido ocho botellas de borgoña.

(Continuará.)

## LA SEMANA MATRITENSE.

Los días de la semana juntó en su palacio el Tiempo, para darles varias órdenes relativas á su arreglo.

Tú, dijo mirando al lunes, serás el cabo de hacheros, repartidor de ilusiones y archivo de los recuerdos.

Pasarán muchos tus horas en Madrid como momentos, floreciendo por el domingo y viendo función de cuernos.

En ti holgarán los periódicos, y también los zapateros; tendrá rebaja la cárcel, tendrá el hospital aumento.

Entre memorias dulcísimas de monas y bailoteos se verá en el calendario si están las fiestas muy lejos.

Tú, martes, cuida enseguida de que echen muchos de menos los cuartos que hasta el domingo guardaba el bolsillo presos.

Haz que, por esto ayunando, entre las tejas y el cielo ratiocinen con estacas el sexo hermoso y el feo.

Rellena las gaceticillas de sucesos estupendos, y habla de toros, caballos, volapiés, picas y perros.

Tú, de trabajos rendido, ponte, miércoles, en medio, sin recordar lo pasado, ni temer lo venidero.

Asoma por los balcones los querubines del suelo detrás de las verdes hojas de persianas y de tiestos.

Y lleve al balcón de al lado dulces palabras el viento, señales á los de arriba, suspiros á los fronteros.

Ven, jueves, contigo sueñan los niños de los colegios, y aunque no quieran decirlo sueñan también los maestros.

Llama gente á los teatros con carteles y prospectos para ver ejecuciones de horribles cosas en verso.

Usa entonces los billetes que un mes antes se vendieron, pide el autor, y contempla si es muy rubio ó muy moreno.

Tú, viernes, vende billetes á coces y doble precio; que habiendo toros el lunes fuera pecado no verlos.

Y al morir el sol reúne en las puertas de los templos viejas libres de pecados que confiesan los agenos.

Siga el sábado tus huellas dando bailes y conciertos en salones de dos varas con treinta personas llenos.

Allí al compás del piano aceche astuto himeneo, y abunden niños de á veinte, mamás, ternezas y gestos.

Allí todos se solacen en tanto que á humildes lechos el domingo que se acerca presta agradables ensueños.

Llegaste al fin; coje sitio, puebla calles y paseos, pon zapateros, modistas y saetres en movimiento.

Saca á las nobles fregonas en escuadrones tremendos llevado á mirar *las fieras* otro escuadron de *paleos*.

Si, cansados y rendidos, te piden grato refresco, riega sus anchas gargantas con dulce néctar manchego.

Inspira apretadas polkas, zorcieos y otros jaleos á las niñas de Vizcaya y á los que miden el lienzo.

Saca familias formadas de dos en dos con sus perros, y al sonar las oraciones cuida de ir las recojiendo.

Llena cafés y teatros y salones domingueros, rie, y no pienses en nada; lejos los cuidados; lejos.

Y cuando anuncien las doce las bocas de los serenos Dale una patada ¡oh lunes! y torna á ocupar tu puesto.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

## JEROGLIFICO.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.